



ISIDRO FABELA

POR EL DR. ALFONSO REYES,
*(presidente de la Academia Mexicana
de la Lengua. Escritor y humanista)*

Conocí al estudiante Isidro Fabela cuando él cursaba Derecho y yo estaba todavía en la Escuela Preparatoria. A pesar de la leve diferencia de años y la diferencia mayor que parecen establecer las distancias escolares, yo me acerqué mucho a su grupo —la generación inolvidable de Antonio Caso—; y, ayudado del buen trato de Isidro, siempre ameno y cordial, pronto fui su cercano amigo. Nos tuteábamos y hasta jugábamos luchas en su casa. Yo siempre era el derrotado.

Pero más me venció todavía su condición de hombre excelente y compañero para todas las horas. Pocos habrá que resistan como él esta prueba: a lo largo de una amistad que cuenta medio siglo, todas las imágenes que conservo de él son gratas, placenteras y estimulantes.

A poco, en el Ateneo de la Juventud, conocí en Isidro Fabela, y desde el primer instante lo aprobé para mí y lo admiré sin reserva, al escritor pulcro y fácil (dueño de la “difícil facilidad” sobre la cual tanto se ha dicho), al narrador y cuentista de buena ley, al autor de páginas donde el lector se desliza sin ningún tropiezo, y algunas de las cuales —raro don estético que en él era connatural— parece que se hubieran escrito solas.

Pasan los años. Lo veo descollar en la diplomacia y honrar a nuestro Servicio Exterior, merced, no sólo a su pericia y su dominio cabal de los negocios, sino a su constante e impecable inspiración ética y a su don de exposición a la vez diáfano y contun-

dente. El ameno camarada de los primeros recuerdos ¿se me iba a convertir en un estadista solemne?

No, no había peligro. Hay hombres que llevan la probidad y la sencillez por coraza. Uno de ellos es nuestro Isidro. Siempre siguió siendo el caballero de la sonrisa, de la palabra oportuna, de la solicitud amistosa, de la clásica cortesía mexicana, que tanto nos enorgullece en esta tierra.

Ahora lo veo convertido en campeón de todas las buenas causas internacionales, tímpano siempre sensible a cualquiera voz que reclame contra la crueldad o la injusticia. A tal punto, que más de una vez, para guiarme con algún acierto en este mundo laberintoso que nos ha tocado, me preguntó a solas: ¿Qué puede opinar Isidro Fabela de este asunto? ¿Cuál es o cuál podrá ser su actitud? Yo no puedo ofrecerle mayor elogio, que el más patente reconocimiento de sus virtudes.

Amigo mío y hermano: acepta mis modestas palabras con toda la cordialidad y la franqueza que he querido poner en ellas.